

América Latina

Socialismos y política (notas para una revisión)

Juan Carlos Portantiero

Una contracultura no puede ser pensada desde fuera de la cultura que rechaza y procura transformar. Si esa voluntad, aún por definir, que llamamos socialismo, aspira a transformarse en principio ordenador de una nueva hegemonía, de un nuevo sentido de la vida, deberá recoger tantos rasgos peculiares como espacios nacionales en los que crezca. Por cierto que esta impronta decididamente relativista no agradaría al Marx que creyó haber descubierto las *leyes generales del movimiento de la historia* y que postuló una teoría del cambio social por la cual los países más adelantados debían ser el espejo en que se reflejaran los más atrasados. Aquel *De te fabula narratur* con que amonestaba a los intelectuales alemanes de sus tiempos que enfatizaban la originalidad de su sociedad *vis a vis* la inglesa era la cifra de una visión universal de la historia sostenida por una percepción imbatible sobre los estudios sucesivos de progreso de la humanidad.

Y si es verdad que *ese* Marx no agota a Marx (recordar sus cartas sobre Rusia en los años finales de su vida, por ejemplo) es también verdad que *el marxismo*, aquella operación doctrinaria y propagandística generada por la socialdemocracia alemana de fines de siglo, tendió a privilegiar una mirada universalista y evolutiva de la transformación histórica.

El desarrollo real de las revoluciones en el siglo XX cuestionó ese esquema: ninguno de esos procesos —a partir del ruso de 1917— se acomodó a la ortodoxia vigente (más bien siempre se realizaron contra ella) y cada uno fue, sucesivamente, un caso “desviado” con relación al modelo anterior. El abigarrado mundo de los “socialismos reales” abarca así desde regímenes generados por una insurrección urbana de tipo decimonónico hasta otros cuya matriz fue una guerra campesina y nacional, pasando por movimientos de clases medias, expresamente no marxistas, que se transforman en tales desde el poder o, aún, como está sucediendo ahora en algunas regiones de África, por golpes militares que ponen en marcha “socialismos” de tipo castrense. Por cierto que no he incluido en este mosaico, ya suficientemente confuso, a los regímenes vigentes en Europa Oriental, cuya razón fundamental de existencia es el

Juan Carlos Portantiero, argentino, sociólogo, profesor investigador en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), sede México. El texto es la primera parte de la ponencia con el mismo título presentada al seminario realizado por el grupo de FLACSO en Santiago de Chile, marzo 1982.

despliegue “napoleónico” del ejército soviético, ni a los gobiernos socialdemócratas, cuya marcha hacia el Estado ha sido la de los comicios. La realidad nos llevaría, pues, a marcar la extrema plasticidad con que los socialismos escogieron sus caminos hacia el poder y en todo caso pareciera que la única tipología abarcadora de ese ascenso múltiple sería expresada en la rigidez de dos categorías, “reforma” o “revolución”, en la clave simplista con que se ha acostumbrado pensar en los clivajes que separaban a la II de la III Internacional; pero a reserva que en la “revolución” entrarían procesos de tan disímiles características que harían incurablemente formal a su agrupamiento.

Historia de desencuentro

Dicho esto, me gustaría volver a las consideraciones iniciales. Coloqué en ellas algunos términos, relacionados entre sí, sobre los cuales será necesario volver: cultura (y precisaría más, *cultura política*, en su sentido más general, como combinación, ni sistemática ni explícita, de valores que permean la orientación de la sociedad

hacia la política; así como las formas más “especializadas” del pensamiento político en una comunidad y en un tiempo determinados); *hegemonía*, como ordenación particular e irrepetible de elementos simbólicos y materiales con que una cultura política se organiza institucionalmente. En este plano, la historia de los socialismos en América Latina, de sus logros y de sus fracasos, sobretudo de sus intermitencias, puede ser precisada mejor como diseño de un problema que remite no sólo a la lucha entre “ideologías” sino a una articulación social-cultural mucho más compleja que se despliega en sociedades históricas concretas.

La primera constatación para el “caso” latinoamericano es la del fracaso de una penetración que fuera algo más que superficial del marxismo en nuestras culturas políticas, pese a que en su nombre ya se empezó a hablar y a generar organizaciones, al menos en algunos países, desde el siglo pasado.

No causa dudas que un *handicap* cierto para el éxito de esa penetración han sido las intermitencias generadas por la represión estatal. Teniendo en claro ese elemento significativamente limitativo del crecimiento de cualquier

propuesta política, el problema para indagar, esto es, lo que ha sido calificado como “el desencuentro entre América Latina y el marxismo”, sigue en pie, porque esa explicación obviamente no basta. En este plano de indagación los problemas que surgen son de diverso tipo. En primer lugar está el que llamaría problema matriz: la relación entre el pensamiento del propio Marx y América Latina. Sobre la incapacidad marxiana para entender el siglo XIX latinoamericano —cuyo ejemplo más resonante es su artículo sobre Bolívar para *The new american cyclopaedia* escrito en 1858— el trabajo de Aricó recientemente publicado es, como dice Carlos Franco en su introducción, “un texto fundador” y a las sugerentes hipótesis que allí se plantean me remito ahora¹.

Socialismo y masas

Pero, como veremos, la cuestión que me gustaría sugerir en estas notas va un poco más allá. Se sabe ya que el problema “del desencuentro” no radica en una “mala aplicación” de las enseñanzas de Marx (porque lo patético, en todo caso, serían esas mismas “enseñanzas”), ni tampoco (versión más indulgente pero igualmente absurda, porque supone la existencia de un pensamiento cerrado y fuera de la historia) en la opinión que dice que lo que falló es la “adaptación” del sistema a la realidad latinoamericana.

Pienso que la manera más fructífera de plantear el problema es otra: la que permite pensar, más allá de los errores o los aciertos de Karl Marx, el por qué no ha sido posible *generar desde América Latina* un encuentro entre socialismo y masas y, en los casos en que ello sucedió, qué es lo que lo hizo posible, y que formas adquirió.

Una respuesta simple, apenas descriptiva, es que esa penetración se vio limitada por un contexto que rechazó una asimilación puntual del modelo europeo y que a la vez dificultó la producción local de sus valores a la manera de lo que sucedió, en cambio, en Rusia y China. En ese sentido América Latina pareció siempre aprisionada por el fatalismo de sus orígenes: sin *ser* Europa no pudo ser anti-Europa.

Richard Morse, en un sugerente ensayo², ha tratado de detectar

razones por las cuales los intelectuales contestatarios latinoamericanos no fueron capaces de generar un marxismo “indígena”, a diferencia de lo ocurrido en Rusia, en donde el reemplazo de Plejanov por Lenin implicó la introducción de elementos que se nutrían mucho más de la tradición eslava que de la occidental: los bolcheviques, en efecto, *rusificaron* al marxismo para utilizarlo como una formidable arma, teórica y organizativa, capaz de dar respuesta a dilemas de la sociedad y de la cultura que venían de antes del capitalismo. (Por cierto que agazapado en esa “rusificación” estaba Stalin, pero esa es otra historia; una historia que se refiere a lo que hay de permanente, *de conquista humana*, en los valores básicos de “Occidente” que podríamos

Programática

Eduardo Carrasco

La monarquía de la burguesía
La democracia de la nobleza
La aristocracia de los esclavos
La plutocracia de los plebeyos
La esclavitud de los patricios
La anarquía de los tiranos
La burocracia de los campesinos
La autocracia de los siervos
La dictadura del proletariado

retomar como conclusión de estas reflexiones en un planteo sobre el *para qué* del socialismo, pero que parecen no tener que ver necesariamente con la eficacia política).

Tutelar el pueblo

Y de la *eficacia*, del encuentro entre ciertas teorías y ciertas realidades históricas, hablo ahora. Los argumentos culturales con que Morse especifica esa eficacia eslava giran alrededor de un punto: la manera en que la *intelligentsia* rusa —Herzen, Bakunin, Dostoyevsky, Lenin o los populistas— vivió su relación con Occidente. Existía en Rusia el sentimiento de posesión de valores culturales no europeos (anteriores y superiores), allí la “occidentalización” bajo la autocracia fue traumática y dolorosa, a diferencia de América Latina región ocupada y en buena medida colonizada, esto es,

generada desde un vacío— en donde la incorporación de los elementos de la Ilustración a la cultura política empieza en la época de los Borbones, siendo ese liberalismo español de fines del siglo XVIII la base (y diría también la sustancia) de la ideología independentista posterior.

Otro elemento de diferenciación sería que los intelectuales rusos mantenían frente al pueblo una actitud casi religiosa, aunque en casi todos los casos ella significara verse a ellos mismos como “redentores”: el pueblo era la nación (Gramsci recuerda en sus *Quaderni* que, en idioma ruso, “nacional” y “popular” son casi sinónimos) y el sentimiento de la intelectualidad frente a él era de culpa. Los intelectuales latinoamericanos mantuvieron una actitud opuesta —al menos hasta la reacción “populista” ya entrado el siglo XX: el pueblo debía ser tutelado, educado y dirigido para que descubriera la “verdad” y pudiera ser integrado en procesos civilizatorios.

Esa matriz de liberalismo borbónico (con su desemboque de hecho en un ideal de *despotismo ilustrado*) marcará los temas centrales del pensamiento “progresivo” latinoamericano, incapaz secularmente de hacerse cargo de una problemática en la que liberalismo y democracia se vinculen. El *uso* de ésta última categoría habitualmente quedó en manos del tradicionalismo, cultivador del “sentido común” popular frente al “elitismo” intelectual.

Condiciones de posibilidad

Cuando al incipiente mercado ideológico se incorpora el horizonte de valores socialistas, su penetración en profundidad se encontrará con el obstáculo histórico de esa cultura política en la que “pueblo” e “intelectuales” están separados y en la que se halla quebrada (en algunos países, como los que se constituyeron sobre espacios vacíos, de manera real y no retórica) la posibilidad de re-conocimiento en algún valor previo a la “occidentalización” que favoreciera la implementación de un mundo de símbolos que continuaran lo nacional-popular en el socialismo.

¹ José Aricó: *Marx y América Latina*; ediciones C.E.D.E.P., Lima, 1981.

² Richard M. Morse: “La cultura política iberoamericana: de Sarmiento a Mariátegui”, *Vuelta* núm. 58, vol. 5, México, septiembre de 1981.

Por cierto que a esta altura del texto, el riesgo de las afirmaciones genéricas constituye ya algo más que una amenaza. Se ha dado una variedad tan suficiente de experiencias de implantación del socialismo en América Latina (algunas de ellas triunfantes) que un discurso sobre el tema no podría ya ser construido sin un examen histórico, específico, particular de cada una de ellas. Por si fuera poco, esas experiencias abarcan momentos del tiempo diferentes: no siguen una línea evolutiva creciente y expansiva sino que, más bien al contrario, están signadas por la intermitencia; ciertos países, en ciertos momentos y con ciertas características incorporan a su historia de manera (casi) protagónica la problemática socialista, dando origen a pensadores-dirigentes y a actores políticos colectivos que, en muchos casos, ascienden para luego caer y tratar —con éxito dispar— de volver a ascender.

Países, épocas, modelos de acción y pensamiento diferentes dentro de una rúbrica común, en la que participan desde el "reformismo" de Juan B. Justo en Argentina hasta el "castrismo" o el "sandinismo", en una mezcla que de ningún modo considero ilegítima. En la medida en que no creo que el corte entre "reforma" y "revolución" signifique nada (al menos en perjuicio de la primera alternativa), esos ejemplos extremos puede ser que sirvan para discutir las condiciones de posibilidad de un discurso hegemónico socialista en los países de nuestro continente, en el entendido que su desarrollo probable no se sostiene por ninguna "ley" científica sino por la voluntad de los sujetos que lo desean y que se organizan para lograrlo.

Dificultades de Marx

Las dificultades que vivió Marx para entender a América Latina se transmitieron al socialismo ya organizado como movimiento político. Buscando encontrar alguna clave, aunque esquemática, que pudiera resumir esa especificidad histórica del continente que trabó la perspectiva socialista (empezando por la marxiana) se ha señalado³ que ella radicaba en la forma que asumían aquí las relaciones entre Estado y sociedad o, dicho de otra

³ Aricó, *op. cit.*

EE UU Ciencia y clases

Sergio Bagú

El lanzamiento que hizo la URSS en 1957 del primer satélite artificial produjo en los ambientes científicos y educacionales de EE UU una conmoción excepcional. Se llegó sin mucho esfuerzo a la conclusión de que la superioridad científico-técnica de la URSS descansaba sobre un sistema educacional que incorporaba un porcentaje mucho mayor de individualidades a un largo proceso selectivo basado en normas de gran exigencia académica.

Todo el sistema educacional estadounidense entró enseguida en una etapa de crítica muy fecunda, estimulada activamente por el Estado nacional. Este, como consecuencia, puso en práctica una vasta reforma, que incluía la renovación sustancial de los planes de estudio, la preparación de nuevos textos escolares y un generoso programa de asignaciones financieras y becas, que estimularon el acceso de muchos miles de jóvenes de sectores no pudientes a una vasta gama de especialidades científicas. Un organismo estatal fue el coordinador y promotor de la gran reforma: la *National Science Foundation*. En la década que se inicia en 1971, sin embargo, bajo la presión de la crisis económica y el predominio creciente de una concepción aristocratizante de la producción científica, se fueron introduciendo restricciones presupuestarias cuyo efecto —ya fácilmente evaluable en 1982— ha sido limitar la investigación científica bien financiada a un número mucho menor de campos y restringir, a la vez, considerablemente el número total de investigadores de tiempo completo.

Otra vez, en la historia reciente del sistema educacional estadounidense, se regresa a un umbral crítico. *Scientific American*, en su número de agosto de 1982, dedica un comentario al problema con datos bien elocuentes. Por ejemplo, sólo una tercera parte de los alumnos de todas las escuelas secundarias (*high school*) del país llega a completar tres años de matemáticas. Entre 1971 y 1980 el número de

alumnos inscritos en el profesorado de matemáticas descendió en un 77%; en el de ciencias, en un 65%. Mientras en la URSS —sigue explicando la misma revista— de cada 100 alumnos que ingresan al sistema educacional, 98 completan la secundaria, en EE UU la finalizan ahora sólo 80; pero, además, un adolescente soviético que termina la secundaria ha cursado 10 años de geometría, 5 de física, 6 de biología y 4 de química; mientras que en la mayor parte de las escuelas secundarias de EE UU se puede terminar los estudios con sólo un año de cada una de estas especialidades. Aclaremos que, sin embargo, en ciertas escuelas secundarias caras los alumnos pueden recibir una excelente preparación científica.

Esta decadencia del sistema educacional estadounidense se inició varios años antes de que Ronald Reagan llegara a la presidencia. La contribución personal de éste consiste en acentuar notablemente la tendencia. En efecto, a partir de ahora las normas fundamentales de la investigación científica van a ser dictadas por la industria privada y los gobiernos locales, como consecuencia de lo cual el presupuesto de la *National Science Foundation* ha sido reducido, en dos años, de 70 a 15 millones de dólares.

El cuadro, sin embargo, tiene otras complejidades de más difícil localización. Son las que se refieren a la estructura de clases sociales. Estas restricciones, con ser tan drásticas, han incidido de modo muy desigual. A lo largo de la década anterior, según análisis recientes citados por la mencionada revista, esta política no ha afectado a una elite intelectual de clase media; pero sí se ha descargado pesadamente sobre la clase trabajadora y la clase media pobre.

Reservar para una elite la investigación científica considerada básica y de valor estratégico aparece, así, como el objetivo fundamental de una vasta reforma regresiva en la sede central del sistema capitalista mundial. ■

manera, en el modo, ajeno al supuesto europeo, en que se articulaban los procesos de construcción del Estado con los de la nación.

A diferencia de la forma en que (por lo menos después del siglo XVI) los europeos imaginaron, desde una mirada excluyentemente sociocéntrica, el desarrollo de los Estados nacionales, en América Latina aparecía, con notable claridad, un proceso de signo inverso: transformaciones "desde arriba", carácter estatal (y por lo tanto, de alguna manera *arbitrario* para un ideal sociocéntrico) del proceso de "*nation-building*". En América Latina fueron "semi-Estados" los que al irse modelando a sí mismos modelaban a la sociedad. Todas las pujas del siglo XIX pueden difícil aprender una situación que no pertenece a lo que ritualmente se llama "la cuestión nacional y colonial" ni tampoco se asimila al movimiento anticapitalista en los países avanzados. Toda la discusión doctrinaria sobre el carácter feudal o capitalista de estas economías se inserta en ese dilema político no resuelto.

En ese espacio ambiguo, cruzado además por enormes heterogeneidades internas, se coloca la problemática política de producción de acción hegemónica; el banco de prueba para la capacidad de los socialistas de constituir una "voluntad colectiva nacional-popular", a partir de un proceso —irrepetible, porque como dice Gramsci, en él "se anudan las exigencias de carácter nacional"— de recomposición política de una pluralidad y diversidad de demandas según roles sociales, de clase y de categoría, incluyendo entre éstas las étnicas y las regionales. Y ciertamente, pese a las incompreensiones que las "fuentes" del marxismo han manifestado sobre América Latina, esa voluntad se ha expresado como tal y desde épocas tempranas, lo que permite hablar de una vieja y rica historia del socialismo en el continente. Pero examinar (y evaluar) esta presencia antigua del socialismo consiste en

ser examinadas como conflictos entre grupos que desde un punto de vista sociológico se hallan escasamente diferenciados y que aspiran precisamente al control del aparato estatal para colocar desde allí un proyecto de desarrollo capaz de generar una estructura social más compleja. Son los ejércitos quienes, sobre ese espacio social virtualmente vacío, erigen los Estados territoriales y crean las condiciones para un mercado económico a partir del cual América Latina pueda integrarse al capitalismo mundial. En el muro de estas "desviaciones" con respecto al modelo europeo (y también con relación a su nítida contrapartida, el asiático) se estrelló Marx para sus análisis sobre América Latina, prefiriendo arrojarla al osario hegeliano de las "naciones sin historia".

Estupor de las internacionales

La II y la III Internacional recogerá también ese estupor. Si la socialdemocracia no tenía mucho que decir sobre América Latina (salvo lamentar su "barbaric"), la III Internacional no mejorará demasiado la situación. Como ha señalado Debray⁴, a la tradición comunista le ha resultado siempre muy poder mirar no la *aplicación* ni la *adaptación* de una ideología preexistente, sino la capacidad histórica para generar y constituir sujetos políticos complejos, en el doble plano de una teoría capaz de dar cuenta de las singularidades nacionales y de una práctica hábil para la organización de las masas.

En ese camino, siempre trabado por una cultura política mucho más politicocéntrica que sociocéntrica, el socialismo se ha movido entre el Escila y el Caribdis del "corporativismo de clase" y del "finalismo socialista", habitualmente sumados. Salvo ocasionalmente, en momentos muy puntuales y parciales de la producción teórica o de la práctica organizativa, los socialismos ligados a la tradición de la II o de

la III Internacional no fueron capaces de avanzar en la construcción de un discurso hegemónico o de elaborar problemáticas que los colocaron en esa dirección.

¿Cuáles fueron esos momentos históricos? Con cierta arbitrariedad, fundada en el deseo de ser algo paradigmático, destacaría los siguientes intentos más o menos "clásicos":

- a) el de Juan B. Justo y la tradición del partido socialista en la Argentina hasta principio de la década del 40;
- b) el de Recabarren y la tradición *obrerista* del socialismo chileno; c) el de la obra teórica de Mariátegui⁵.

Por cierto que no me propongo historizar cada uno de esos momentos sino simplemente usar algunas de sus dimensiones a manera de ejemplo de los logros y de los fracasos advertibles dentro de este proceso de implantación y generación del socialismo en América Latina.

De los casos señalados, dos son de desarrollo teórico mayormente significativo (a despecho de las diferencias entre ellos, banalmente remarcadas siempre): el protagonizado por Justo, en los marcos de la II Internacional y el de Mariátegui, entendido éste como la apertura más original que pudo desarrollarse —conflictivamente— dentro de la perspectiva de la III Internacional. Ambos finalmente fueron vencidos (o al menos relegados) por otra convocatoria nacional-popular, la de los "populismos": Irigoyen primero para Justo; Perón luego para lo que llamaríamos el "justismo" y Haya de la Torre para Mariátegui. ❧

⁴ Régis Debray: *La crítica de las armas*; Siglo XXI, México, 1979.

⁵ Habría que destacar un cuarto momento histórico: el del "prestismo" de finales de los años 20 y principios de los 30 en Brasil, importante en la medida en que se trataría de uno de los antecedentes ideales más directos —aunque no explícito, por cierto— del "castrismo" y del "sandinismo".

MARX ANTES DE CRISTO

"Debemos pensar que hay una acción comunista-marxista internacional que desde 500 años antes de Cristo tiene vigencia en el mundo y gravita en el mundo."

Cristino Nicolaidis, nuevo comandante en jefe del Ejército argentino; *Excelsior*, México DF, 19 de junio de 1982.

Cantata popular a Salvador Allende

Eduardo Carrasco

Amor: El viene desde lejos,
de sus propias heridas en la altura,
de los rudos caminos sin el beso,
de la vertiginosa travesía del que construye y sueña,
de los vuelos nocturnos y abismales.

Tal vez viene del canto,
tal vez de las espigas.

Voz: Eran los estampidos desde la calle sola
brama de bestias locas, odiosa gritería,
pavoroso alarido de hienas sepulcrales,
hocicos destroncados donde la sangre mana
y hace ruido de muerte y atroz carnicería.

Dentro los ecos muertos, las sombras en el muro
y los hombres ya mudos con los ojos inmóviles;
despojos iracundos, banderas derribadas,
desencajados héroes en el momento eterno,
todos desparramados en el cuarto desierto.

En la penumbra abierta de fatales rincones:
la mano deshojada, el fusil derrumbado
los cuerpos detenidos en llamados inútiles
aferrándose al fuego de la cortina en llamas.
La agonía de todo huyendo a las cenizas.

Amor: Ella lo espera y lo ama
sin saber de su vida.
No conoce su nombre ni sus mares,
no sabe de sus labios enlutados
ni de sus alas rotas
pero lo espera
y lo ama.

Voz: Todo faltaba allí, todo se sustraía.
Todo lo detenido alzaba el vuelo, huía

Eduardo Carrasco, chileno, autor e intérprete de canciones, poeta, animador del conjunto *Quilapayán*. La cantata del texto, que tiene música de Gustavo Becerra, no ha sido grabada.



hundiéndose en el tiempo como una nave
herida,
hundiéndose en la historia de oscura travesía.

Lo que se iba alejando, lo que en el fuego
ardía,
lo que martirizado aún se sostenía,
lo que ya no podía seguir, y no seguía,
lo que con sus girones se aferraba a la vida.

Todo escindido en humos lo que ya no existía,
todo fuego doliente que no se consumía
desurdiendo leyendas en su lenta agonía,
llevándose los sueños al punto de partida.

Amor: El entra descubriéndose como las golondrinas
y camina en sus huellas frágilmente
sin hablar de sus selvas o sus pájaros.
Se aproxima a sus manos
y las toma
y las manos se acercan
como si fueran labios
que se besan.

Voz: Se fueron los testigos de ese cuarto sangriento
y todo quedó abierto, desnudo, silencioso.
En la ventana rota, desgarrada la mueca,
la lámpara ultrajada de metales violentos
y un humo ceniciento envolviéndolo todo.

Coro: Nadie sabrá la gesta del último derrumbe,
nadie podrá aclarar los enigmas de esa hora,
nadie escuchó el gemido de la campana rota
ni el silencio del tiempo que de pronto detuvo
su cascada de voces en el cuarto cerrado.

Amor: Ella lo reconoce
despierta en sus ventanas
y lo mira entregándose sin llaves
como si enteramente se trizara
la luz, en sus cabellos encendidos
y no pudiese verlo
sin ser suya.

Voz: Allende quedó solo, esperando el asalto.
Se levantó de pronto, cansado de ser hombre,
cansado de la muerte que ahora lo esperaba,
cansado de traiciones, de crueles tempestades,
cansado de ser boca para tanta agonía.

Y así mantuvo erguida la última metralla,
sin dirección al odio, pero de bala en bala,
lanzándose a sí mismo su grito solitario
que encerrado en su pecho se quedó sin
palabras
hasta que vuelva un día su voz de piedra y agua.

Coro: Cansado estuvo el hombre que embistió esa
mañana
trazando con sus manos la hazaña de esa hora,

abrazado a sus armas, que con él se quedaron,
despidiéndose en llamas, solitario y gigante
y sembrando en el aire trayectorias de muerte.

Herido y malherido de pueblo y de banderas
extinguiéndose así, él ganó su batalla.
Vestido de silencio, enarbolando flores,
desesperadamente adornado de balas,
así dejó este mundo el mejor de la patria.

Amor: El se queda en el pórtico un momento
sin entregar sus párpados dolidos
y sabiéndose ajeno de las voces
continúa traspasando su desierto.
Ella lo mira y lo ama
pero sin detenerlo.
Por eso no hay cristales en sus ojos
cuando lo ve alejarse
como una nave oscura.

Coro: Que el pequeño se guarde su lágrima de luto,
que el mequino se aleje con su mínima
lágrima
y que no se confunda el llanto pordiosero
del que pide venganza por herido y frustrado
con el dolor del pueblo, que llora
construyendo.

La voz que se levanta repite su mensaje.
Las manos que se juntan reconstruyen su
cuerpo,

La marcha del que crea se aproxima a su
hazaña.

Las auroras que vengan fabricarán su día.
La vida que renace es su vuelta a la vida.

Todos: Se elevarán entonces las estatuas del pueblo,
vendrán las manos nuevas a rehacerlo todo
y entre espigas y rosas caminarán los pueblos
con la gran comitiva de nuestro Presidente
que abrirá con sus brazos las grandes
alamedas.

Allende fue ultimado envuelto en su bandera
y se elevó flameando hacia el lugar más alto. ❧

AFORTUNADO

“Estocolmo, 24 de abril (AFP). El presidente chileno Augusto Pinochet heredó la fortuna de un millonario sueco, gran admirador del jefe del gobierno de Santiago, informó hoy el diario *Expressen*. El líder de la Junta chilena la aceptó y deberá, según el diario, tomar próximamente posesión del dinero de los títulos legados por John Wilhem Hjerstedt. Este, quien murió hace dos años, hizo fortuna gracias a inversiones en minas de oro y plata en Estados Unidos.”

Excelsior, México DF, 25 de abril de 1982.